

EQUIPAMIENTO UNIVERSITARIO Y TERCIARIZACIÓN DE LAS CIUDADES ESPAÑOLAS.

José María Serrano Martínez

1. Equipamiento universitario y actividades terciarias

Son varios los elementos que propician y favorecen la terciarización, entre los que sobresalen la urbanización y el crecimiento económico. En buena medida todos ellos se encuentran en España; eso explica el salto tan brusco experimentado por este sector durante los últimos años. Basta pensar que entre 1970 y 1995 ha pasado de ocupar el 40,4 % de los activos empleados al 63,0%; mientras que su participación en el PIB ha variado en ese mismo tiempo del 46,58% al 65,16 %. En esencia, el terciario es eminentemente un fenómeno urbano como nos recuerda Del Río Gómez (1988, a). Durante el periodo antes acotado, la población urbana española se incrementa en casi diez puntos, al pasar de poco más del 65 % al 75 %. Además de esa faceta urbana, como antes se apuntó, el ascenso del terciario se suele vincular con el nivel de desarrollo de una sociedad, siempre que vaya unido a rasgos tales como: racionalización de los procesos de producción, innovación organizativa y mayor productividad (Ecalfe, F., 1986).

Hoy se está muy lejos de considerar el terciario como un sector residual inducido sólo por la actividad industrial, según la idea clásica (Del Río Gómez, C., 1988,b). Más bien se considera que el ascenso del terciario es impulsado por el empleo de nuevas tecnologías que suscitan el desarrollo de diversas actividades de servicios, a la vez que impone profundas transformaciones en muchas de las actividades tradicionales (Cuadrado Roura, J.R.; González Moreno, M., 1988). Así mismo hay otros variados elementos que van asociados y propician el ascenso del terciario. En este sentido, sobresale su vinculación con el aumento del consumo de la sociedad, como consecuencia de su mayor nivel de vida, ampliando así la gama de sus necesidades. Pero, dentro de este enfoque, es conveniente precisar que en su crecimiento y expansión intervienen tanto la demanda como la oferta (Cuadrado Roura, J.R., 1988), en una yuxtaposición habitual en sociedades de mercado, abiertas al cambio y propi-

cias a introducir todo tipo de modificaciones en su organización y estructura. Si la demanda se ve favorecida por la mayor renta per cápita, los cambios en los hábitos de consumo, etc.; la oferta muestra una mayor diversificación como consecuencia de los avances tecnológicos, las nuevas formas en la prestación de los servicios, y su mayor internacionalización. Por otro lado, uno de los rasgos más destacado del terciario es la amplitud de tipologías que encierra, la pluralidad de aspectos desarrollados y las funciones que abarca. Según la ya clásica división de M. Praderie (1970), los grandes apartados son: función pública, gestión económica, relaciones paraeconómicas y actividades personales. Aplicando una concepción genérica y amplia a todos ellos, es posible, desde luego, incluir una extensa gama de servicios.

Por su parte, la educación se considera un consumo terciario por excelencia. Incluso se ha afirmado que la universitaria es la función urbana por excelencia (P. George) Concurren en ella circunstancias concretas que permiten incluirla y englobarla en varios, de esos grandes apartados de funciones, que atienden los servicios en general. Muy particularmente, las universidades constituyen centros de expansión de los servicios con una naturaleza multiplicadora enorme que se proyecta en otra gran variedad de facetas de amplia repercusión. Así mismo combina excelentemente la yuxtaposición de servicios de naturaleza pública y privada. Eso, quizás, contribuye a hacer difícil la evaluación ajustada de sus funciones multiplicadoras. También parece claro que la localización de centros universitarios es un camino sencillo en la siempre difícil tarea de dispersión espacial de la actividad económica, dentro del campo de los servicios; aunque hasta ahora no se han hecho estudios científicos precisos sobre el impacto económico de las Universidades en sus ciudades (P. Merlin, 1995, p. 237). Ahora bien, a nadie se oculta que este debe ser un proceder ponderado y cauto. Nunca debe realizarse a costa de degradar su propia esencia ni difuminar los rasgos propios que le son inherentes. No olvidemos que una

sociedad no deviene terciaria sólo porque miles de personas se ocupen de esas actividades, sino porque sus técnicas de producción y funcionamiento interno hacen necesaria la organización y generalización de ese modelo productivo.

2. Planteamiento y precisiones metodológicas.

Como sucede en otros equipamientos terciarios, el universitario se ha modificado sustancialmente en España durante los últimos años; sobre todo registrando un espectacular aumento. Para realizar este análisis se ha procedido a comparar dos momentos seleccionados. El último año del que disponemos de datos cerrados, curso 1996-97, y como punto de alusión los valores existentes en los primeros años setenta, curso 1970-71, cuando aún no había iniciado su fuerte crecimiento. Mientras que no se haga mención expresa de otros momentos, todas nuestras referencias serán a ese tiempo. Junto a ese incremento del número, se aprecia igualmente una difusión espacial acusada de estos servicios. Todo ello conlleva una modificación tremenda del panorama universitario español. Este fenómeno tan complejo y plural, encierra numerosos aspectos de gran interés y curiosidad. Por supuesto, puede ser abordado desde numerosos puntos de vista; incluso, dentro del campo de atención de la geografía son varias las cuestiones que excitan nuestra curiosidad. En ese sentido, y dentro de un proyecto de investigación más amplio, en curso de realización, aquí sólo vamos a exponer algunos aspectos abordados en el mismo.

Me interesa pues, centrarme en el estudio de lo que ha significado el importante ascenso de estos servicios dentro del equipamiento urbano español. Su generalización y ampliación a nuevas ciudades, al tiempo que su intensificación en otras, conlleva numerosas cuestiones de amplia significación.

Por las limitaciones inherentes a este tipo de trabajos no es posible descender con detalle en el análisis de algunos de los problemas planteados. Valga, por tanto, más que nada, el planteamiento de estos, como acicate, mostrando así la existencia de plurales temas pendientes, presentes de forma colateral en el tema estudiado.

Por otra parte, aunque el análisis se centra en lo que supone de interés para las dotaciones urbanas, tampoco es posible tratar este asunto sin que se planteen, al menos en su nivel de enumeración, otras cuestiones de fondo y colaterales. Por ejemplo aquellas relativas a quiénes han sido las instituciones promotoras y sobre las que descansa el aumento de la dotación universitaria, resaltando el papel protagonista de las instituciones públicas. Así mismo las causas que han propiciado ese proceder, tanto las de naturaleza política, social, sociológica, etc.. También es interesante preguntarse acerca de la existencia/carencia de un plan previo que guiase este acusado crecimiento. Incluso, a posteriori, parece de interés plantearse una interpretación del modelo espacial que todo eso ha supuesto. Todos estos aspectos, al menos, son objeto de breve atención en este trabajo de investigación.

Además es conveniente señalar algunas **precisiones metodológicas**. El equipamiento universitario es muy complejo e incluye dentro de él numerosos aspectos. Así a la hora de valorar su significación puede ser evaluado utilizando diferentes apartados. Todos ellos son válidos y, de hecho, se complementan entre sí. Sin embargo, dada la reducida extensión disponible en una comunicación es preciso optar por la más sencilla, que permita una brevedad de exposición. Por ahí que utilice el término Universidad, adjudicando su localización exclusiva a la ciudad donde radica fundamentalmente su órgano de gobierno y en el que se ubica el mayor número de instalaciones. Aunque es de sobra conocido que algunas cuentan con numerosos centros repartidos por varias ciudades. Es una simplificación necesaria aunque pueda desvirtuar en algún sentido este aspecto.

Así mismo, en lo referente al criterio empleado para calibrar su dimensión, se emplea como elemento fundamental el número de estudiantes. Aparte de en sí es un aspecto indicativo, lo es aún más porque dada la estructura predominante en el mundo universitario español, no existen variaciones substanciales, entre esa proporción y las demás, entre sus diferentes elementos e instituciones. Se sobreentiende que otros indicadores, guardan una proporción con ellos, tal ocurre con el número de profesores, el de los

otros colectivos de personal vinculados a estos centros etc.

Más discutibles son los aspectos de naturaleza cualitativa. Así la amplitud de la gama de estudios ofrecidos puede ser más dispar. El volumen del presupuesto manejado acaso también introduce ciertos correctivos, que no siempre están de acuerdo de manera absoluta con la dimensión de su población estudiantil. Pero, a pesar de todo ello, considero que, en consonancia con el objetivo central de esta investigación, y dado el modelo universitario predominante en España, el empleo del criterio estudiantil es el más adecuado. A pesar de que no siempre resulta fácil encontrar una homologación acorde entre los criterios de su contabilidad actual, en referencia a los utilizados hace más de dos décadas. Por ejemplo, se ha producido una cierta generalización al incluir en el ámbito universitario determinados elementos que antes quedaban fuera. Tal ocurre con las antiguas escuelas de comercio y normales de magisterio. Desde hace decenios existían en todas las capitales de provincia y en algunas ciudades de mayor tamaño demográfico centros de esa naturaleza. Pero venían funcionando más como unidades de docencia de nivel medio, volcadas en la formación de profesionales orientadas hacia esas actividades, que como centros universitarios. Por eso a ninguno de ellos se le adjudica categoría universitaria. Al contrario, después, poco a poco, progresivamente se integran en las Universidades e incluso algunos han sido focos importantes en la creación de éstas. Y, desde luego, hoy todos constituyen escuelas universitarias o han sido el embrión de otras respectivas facultades. Esta diferenciación de tratamiento, no es fácil encajarla en los análisis realizados, que abarcan un periodo temporal de más de tres décadas. Pero, aún así, creo que ello no son más que pequeñas distorsiones que poco modifican el tratamiento global del tema.

3. Crecimiento de la actividad universitaria en España y su difusión territorial.

Sean cuales fueren los criterios de análisis utilizados, resultan muy contrastadas las cifras existentes en 1970-71 con las del último año disponible, 1996-97. Aún sumando lo que entonces se consideraba, de forma separada, estudian-

tes universitarios más los de escuelas técnicas y artísticas superiores, contabilizaban en ese año de referencia un total de 194.535. Por contra, durante el último curso, la cifra global ascendía a 1.544.162 estudiantes. Con ambas magnitudes pueden llevarse a cabo numerosas comparaciones. Se trata de un incremento neto de 1.349.627 alumnos; un ascenso porcentual (considerando 100 base existente en 1970-71) que se ha convertido en 793,7, etc. También puede ser interesante comprobar la proporción de inscritos en estos centros, en referencia al total de la población.

Así al primer curso corresponde una tasa de 5,71 estudiantes por mil personas; mientras que en 1996-97 se elevaba a 34,02. No es necesario insistir en la abultada diferencia existente entre ambas fechas distantes un cuarto de siglo, las cifras hablan por sí solas. Acaso conviene recordar que las proporciones actuales son, al menos en lo que se refiere a su proporción, claramente homologable con las de aquellos países que ofrecen valores más positivos (Francia, USA, Alemania, Gran Bretaña, Italia). Así, aunque es arriesgado pronunciarse sobre el devenir, parece poco probable que el número de estudiantes universitarios pueda seguir creciendo al ritmo que lo ha venido haciendo hasta ahora. Pues ni la dinámica de la población española se sitúa en esa trayectoria, ni tampoco es presumible que aquí en España, por mucho que continúen siendo estimados socialmente estos estudios, se alcancen valores muy por encima de los ofrecidos por los países más desarrollados del mundo. Incluso aunque se lleve a cabo una acentuada descentralización, que permita aproximar, aún más, los centros a los potenciales usuarios, parece poco posible incrementar mucho más la proporción existente ahora.

Pero en relación con lo que es el objetivo central de esta investigación el aspecto que más nos interesa, dentro de ese espectacular incremento universitario, es su difusión espacial más amplia. Con el fin de aligerar al máximo su análisis, a la vez que ofrecer una visión más clara de ello se han confeccionado dos cuadros de datos, 1 y 2, incluidos a continuación. Ambos reflejan la realidad contrastada en los dos momentos de referencia temporal que venimos utilizando. También con idéntica finalidad se apor-

Cuadro 1: Enseñanza universitaria y superior, Curso 1970-71. Estudiantes

Barcelona,	22.599	Oviedo	4.341
Barcelona, Autónoma	1.027	Salamanca	6.345
Bilbao	4.029	Santiago de Compostela	8.190
Granada	12.699	Sevilla	8.103
Laguna, La	2.409	Valencia	9.845
Madrid, Complutense	43.266	Valladolid	6.456
Madrid, Autónoma	1.754	Zaragoza	9.775
Murcia	3.164	Total	150.094
Universidades privadas			
Deusto	2.936	Esc. Técnicas Superiores	42.045
Navarra, Universid.de	2.664	Es. Artísticas Superiores	2.376
Pontifica de Salamanca	512		

Fuente: Ministerio de Educación y Ciencia

Cuadro 2: Estudiantes universitarios. Curso 1996-97. Universidades.

Alicante	28.737	Murcia	36.343
Almería	13.135	Navarra, Pública de	9.981
Barcelona,	68.900	Oviedo	42.815
Barcelona, Autónoma	36.555	Palmas de Gr. Canaria, Las	22.897
Barcelona, Politéc.Catal.	36.885	País Vasco	63.956
Barcelona, Pompeu Fabra	7.344	Rioja, La	6.829
Burgos	11.097	Salamanca	33.646
Cádiz	22.595	Santiago de Compostela	42.414
Cantabria	15.273	Sevilla	75.114
Castellón, Jaime I	10.283	Tarragona, Rovira i Virgili	10.662
Castilla-La Mancha	30.294	Valencia, Estudi General	63.884
Córdoba	16.926	Valencia, Politécnica	35.973
Coruña	24.558	Valladolid	38.600
Extremadura	24.800	Vigo	28.608
Gerona	10.398	Zaragoza	44.945
Granada	60.082		
Huelva	13.085	Univer. Privadas e Iglesia	
Islas Baleares	14.801	Alfonso X El Sabio, Madrid	3.026
Jaén	15.926	Antonio de Nebrija, Madrid	1.126
Laguna, la	24.715	Europea, Madrid	3.221
León	15.818	Pontif. de Comillas, Madrid	8.880
Lérida	8.982	San Pablo, CEU, Madrid	7.080
Málaga	37.780	Ob.ta de Catal., Barcelona	1.373
Madrid, Alcalá de Henares	19.175	Ramón Lluch, Barcelona	10.761
Madrid, Autónoma	32.786	Deusto, Bilbao	14.801
Madrid, Carlos III	10.758	Pontificia, Salamanca	7.165
Madrid, Complutense	123.444	Universidad de Navarra	12.228
Madrid, Politécnica	48.149		
Madrid, UNED	134.549		
Total global			1.544.162

Fuente: Ministerio de Educación y Ciencia.

ta una figura que contiene dos mapas de España, donde se representa la magnitud del alumnado y su reparto territorial.

Un elemento central que interesa resaltar es el protagonismo de los poderes públicos, en tanto que instancias generadoras del incremento de estos servicios. Ellas prosiguen con su peso fundamental en este segmento de la enseñanza. Los alumnos inscritos en centros de esa naturaleza eran en 1970-71, 188.423 frente a 6.112; en valores porcentuales eso representaba las siguientes magnitudes: 96,85% en contraposición a 3,14 %. De la misma manera, en 1996-7, si bien las cifras absolutas se han transformado profundamente, con datos de 1.474.501 y 69.661, de manera respectiva, los porcentajes se asemejan bastante, son: 95,49% y 4,51%.

Complementariamente, junto a ese ligero ascenso de las universidades privadas en la magnitud empleada (número de alumnos), también muestran mayor variedad el número de sus centros. Han pasado de representar un 15,78% en 1971 al 18,52% en 1996. Pero, por ahora el sistema educativo universitario español sigue descansando de forma palmaria en los centros sostenidos a cargo del erario público. Antes eran estatales y ahora con la transformación autonómica, han pasado a depender de estos poderes públicos regionales, pero las fuentes de su financiación y la tipología de su gestión mantiene similares formas y fundamentos.

De la observación atenta de los datos, destacan una serie de aspectos que me permito, añadir de forma muy breve:

a) El número de universidades ha pasado en ese cuarto de siglo de 18 a 54. A su vez, las que pueden considerarse ciudades equipadas con estos servicios ascienden de 14 en 1971 a 35. De manera global, la oferta, en este sentido, se ha triplicado; cambiando el panorama espacial, como analizaremos más adelante.

b) Acaso más que una variación substancial en lo referente al incremento o descenso del umbral de habitantes equipados con estos servicios, lo que se advierte es una amplia difusión espacial. Si bien antes todas las antiguas regiones históricas contaban con una universidad, cuyos distritos, en cierta manera, se acomodaba a ello, ahora todas las regiones político-admini-

nistrativas o Comunidades Autónomas, cuentan con al menos una universidad.

c) Aunque no ha existido un plan inicial establecido acerca de los criterios espaciales de crecimiento e instalación de nuevas universidades, sino que la improvisación y la solución coyuntural a las demandas y presiones, ha sido una constante, se comprueba con claridad que la red urbana formada por las capitales provinciales es la principal beneficiaria del proceso de difusión espacial de esos servicios.

d) Recientemente se vislumbran ciertos cambios, en este sentido. De tal suerte que algunos municipios de gran tamaño demográfico, (no capitales de provincia), caso de Vigo, o recientemente Elche y Cartagena, por referir algunos ejemplos concretos, ya cuentan o están en trance de conseguir una dotación universitaria en sus respectivos municipios.

e) La progresiva localización de universidades en las grandes ciudades (según su tamaño demográfico), -las privadas muy mayoritariamente han apostado por éstas-, permiten deducir que el modelo de localización español, partiendo de la base inicial, pasa a extenderse después a las ciudades más populosas, para cubrir ciertas demandas de las mayores capitales provinciales; se completa a continuación con las capitales autonómicas carentes de estos servicios; y apuesta ahora por localizar nuevas universidades en los municipios de mayor tamaño demográfico carentes de estos servicios.

Lo anteriormente expuesto nos dan pie para interpretar las consecuencias espaciales que pueden derivarse del modelo territorial de localización de estos servicios universitarios.

4. Interpretación del modelo espacial de la red urbana universitaria. Sus consecuencias.

Si partimos del inicio de nuestro análisis, la universidad española cuando comienzan los años setenta estaba formada por una mayoría de centros estatales (los privados eran escasos y con muy reducida capacidad de alumnado) genéricos en su mayoría, volcados en sus áreas de influencia natural, los denominados distritos universitarios. Únicamente la de Madrid, y en menor medida otros centros de mayor tamaño y

equipamiento unían a ese carácter genérico propio, una serie de centros singulares, menos difundidos espacialmente, y por tanto más raros. Eran estos los que conseguían una ampliación mayor de su espacio de influencia. Aparte de ello sólo los estudios técnicos, con su necesario y progresivo avance, precisaban una especialización mayor, y constituían una excepción a lo señalado. Esto propició la creación sucesiva de las universidades politécnicas, de Madrid, Barcelona y Valencia. En definitiva, su ubicación corresponde a las tres mayores ciudades del país, donde presuntamente era más necesarias, pues existía un mayor mercado de demanda para estos títulos y niveles de estudios. Fuera de ese panorama general, es difícil encontrar ciertos rasgos en algunas universidades que permitan hablar de ellas como correspondientes a un “modelo diferenciado”, en referencia a las anteriores; es decir donde existiesen determinadas titulaciones más destacadas. Menos aún cabe adjudicar a ninguna el calificativo de “especializada” en unas determinadas titulaciones, al tiempo que carentes de otros estudios más comunes.

Cabe interpretar esa realidad fruto de la historia mediata y reciente española, dentro de la cual la Universidad sólo le cupo el papel de mera comparsa. Parte de un atraso tradicional y endémico desde el siglo pasado, prolongado a lo largo de este. Así, no hace más que hundirse en el abismo que la separaba de lo que ofrecían otros países más desarrollados de nuestro entorno (Jiménez, A. 1971). No es el momento ni la ocasión de dedicar más atención a este asunto, brillantemente analizado por otros autores (De Puelles Benitez, M., 1986), que por otro lado escapa a nuestro objetivo central de análisis. Aca-so sólo resta decir que en esos iniciales años setenta existía una realidad dual, una sociedad mucho más desarrollada, social y económicamente, junto a una universidad, con pocos centros y raquítica; por más que en su seno contase con magníficos profesionales, investigadores y docentes, que gracias a su entusiasmo y buen hacer lograban brillantes, pero excepcionales, resultados.

Por todo ello la demanda de más centros universitarios y nuevas especialidades era muy fuerte desde esos años. La mayor difusión que

venía manteniendo la enseñanza media desde los sesenta ofrecía un creciente número de bachilleres que deseaban continuar sus estudios universitarios. La evolución positiva de la economía propiciaba una demanda social creciente de titulados y profesionales, que precisaba para mantener ese proceso de desarrollo de personal preparado. Además una amplia capa de la población, siempre ajena al mundo formativo universitario, veía en él un camino posible, casi único, para alcanzar una mejora social y económica (Linz, J.J., 1984). Ante esa fuerte demanda, se procede con timidez y de forma discontinua a la creación de nuevos centros. Hay que pensar que la década de los setenta y ochenta fué un periodo complejo en la vida política española. A los últimos años del autoritarismo franquista sucede una incierta transición, que pronto se acelera y, en lo que a nosotros aquí concierne, desemboca en una distribución de competencias en las entonces nacientes Comunidades Autónomas. Desde sus orígenes, éstas, de “facto”, al margen de competencias transferidas, son ya unidades de poder que intervienen en el proceso de creación de universidades.

Analizado, ya con cierta perspectiva, vemos que durante esos 25 años transcurridos entre 1971 y 1996, sobre manera en los últimos, es cuando tiene lugar esa inusitada expansión universitaria. Pero no ha habido un plan preconcebido que contemplase el conjunto español, su realidad y sus necesidades; y de acuerdo con ellas articular un planeamiento mínimo en el camino a recorrer. Eso hubiese sido lo lógico. Pero no ocurrió. A medida que estudiamos ese discurrir, nos percatamos más de la constante improvisación que ha presidido actuaciones tan serias como puede ser la creación de centros universitarios. Con una situación política muchas veces comprometida, unos recursos económicos, a menudo, escasos, y un horizonte que sólo pensaba en el mañana, las decisiones tomadas en muchos casos sólo pretendían acallar y satisfacer ciertas demandas, quizás muy justificadas desde una perspectiva local o regional, pero que no siempre encajan con las necesidades reales del conjunto español. Sin embargo la dimensión del “mundo universitario” español experimenta un crecimiento espectacular. Basta añadir a la cifra ya barajada de alumnos (de 194.535 a

1.544.162), el incremento de profesores universitarios, que entre 1971 y 1996 asciende de 18.000 a 70.600. Quizás así pueden entenderse algunas de las debilidades que aquejan a nuestra Universidad en el presente.

Así llegamos a la red actual de universidades con abundante alumnado y ampliamente extendida por todo el territorio español (como puede comprobarse en la figura 1). Pero cabe preguntarse acerca de qué modelo nos ofrece. Simplificando en extremo su explicación, y con los riesgos que de ello se derivan, cabe señalar que, a grandes rasgos, el modelo global que ofrece el sistema universitario español es bastante similar al existente en los años setenta, ya referido. La mayoría de nuestras universidades responden a un esquema genérico, con una organización similar y un abanico de títulos y especialidades casi clónico; volcadas en su área influencia, ahora más menguadas que antes, por la profusión de nuevos centros. Sólo unas pocas aúnan ese carácter genérico, a la vez que focalizan su atención en una cierta especialización. Al igual que son escasas las que ofrecen un modelo especializado, con una atención destacada en ciertas especialidades. Sólo algunos centros privados parecen apartarse de esa tendencia general.

Desde la perspectiva urbana y espacial, la que más nos interesa aquí, debe añadirse que la dotación universitaria, asunto novedoso en muchas ciudades que han pasado a disponer de estos servicios por primera vez en su historia, tal equipamiento ha significado para ellas un efecto multiplicador notable. La nueva dotación de cientos de profesores y demás personal complementario, junto a miles de estudiantes acudiendo a sus aulas y pasando a residir en estas ciudades, ha desencadenado un proceso expansivo de notables consecuencias para su desarrollo urbano y económico. Pero tampoco ha existido una política de urbanismo universitario mínimamente articulada. Junto a ejemplos loables no son escasos los que muestran resultados extraños. De nuevo la improvisación ha presidido muchas de las actuaciones. No cabe duda que para algunas ciudades incluso está siendo un apreciable empujón que revitaliza toda la vida urbana. En un sentido global, puede calificarse esta ampliación urbana de la red como algo positivo tanto por las consecuencias sociales y económicas que

conlleva y pueden cuantificarse, como por otras más difíciles de evaluar pero significan consecuencias derivadas no menos favorables; me refiero, en especial a las mejoras en los niveles de formación de muchos nuevos titulados que así han podido acceder con mayor facilidad a estos estudios. Cara al futuro será beneficioso contar con una masa tan enorme de personal formado en las universidades.

Si nos situamos, de forma específica, en una escala de observación intraurbana son varias las cuestiones que pueden ser de interés. Me limito a señalar algunas de las más destacadas; en primer lugar y por su mayor incidencia económica se advierten, entre otros, los siguientes:

- Creación de puestos de trabajo directos en las unidades universitarias.
- Efectos añadidos en la revitalización de buena parte de los sectores productivos.
- Incremento del valor añadido en numerosas ramas de la economía local y comarcal.

Al fijarnos en los aspectos espaciales urbanos, merece destacar:

- Modificación de los espacios intraurbanos, con renovación y puesta en servicio de edificios señeros pasando a ser nuevos centros oficiales.
- Construcción y reacomodación de áreas urbanas interiores para uso y localización de instalaciones universitarias.
- Influencias apreciables en todo el sector de la construcción de viviendas urbanas y revitalización del propio mercado de viviendas de alquiler.
- Edificación de nuevos campus universitarios en las áreas periurbanas, transformando fuertemente tales áreas.
- Efectos de polarización y alteración de los propios PGOU de los correspondientes municipios, de tal suerte que las nuevas universidades llegan a convertirse en factores de primer orden en su devenir futuro.

Todos estos elementos, junto a otros que cabría añadir, constituyen en sí mismos grandes líneas de trabajo e investigación. Ni que decir tiene que en cada ciudad presentan problemas y cuestiones diferentes, si bien se ven homogeneizados por ciertos aspectos comunes,

consecuencia de su origen similar, la terciarización urbana, fruto del nuevo y dinámico equipamiento universitario.

También desde una perspectiva de reorganización territorial, la creación de estos centros puede contribuir a reducir ciertos desequilibrios espaciales muy acusados y presentes en la realidad regional española (M. González Moreno; C. Del Río Gómez, 1996). Pero al mismo tiempo existen otros serios problemas que están pendientes y se abordan en el apartado siguiente.

5. Debilidades presentes y perspectivas espaciales de futuro.

Cara a los próximos años son muchas las cuestiones que deberán resolverse. No parece posible pueda mantenerse el actual modelo universitario predominante. En varios casos las áreas de influencia “naturales” resultantes para buena parte de las universidades en funcionamiento, son demasiado pequeñas y angostas. Aunque, desde luego, acaso deben también replantearse otras cuestiones, comenzando por lo que se entiende y desea sean las universidades en estos tiempos que vivimos, con cambios tan acelerados, y con vistas al futuro inmediato ya en el tercer milenio. En ese sentido, considero que siguen siendo válidas las reflexiones que hizo Ortega y Gasset sobre la misión de la universidad (1930), a saber: “transmisión de la cultura; enseñanza de las profesiones e investigación científica y educación de nuevos hombres de ciencia” (1975, p. 46). Pero, a la vez, no pueden ignorarse los aspectos que impregnan nuestra vida presente. Si en España se continúa haciendo descansar todo el organigrama universitario, de la forma que hoy conocemos, en la financiación pública y como un servicio más dentro del estado social, es la sociedad la que, democráticamente, a través de sus órganos de participación debe abrir un debate realista y exento de demagogia sobre qué universidad desea y puede costearse. Soy consciente de las ventajas que un centro universitario puede significar para una región, una comarca, e incluso una ciudad, entre otros aspectos, como elemento de dinamización de todo tipo y de generación terciaria en particular. Reconozco el derecho de cualquier ciudad a ser sede universitaria. Y estimo necesaria la generalización máxima de estos

saberes a un número lo mayor posible de ciudadanos inteligentes, con capacidad, aptitudes y ganas de trabajar. Pero igualmente deben calibrarse los elevados costes que conlleva ofrecer una enseñanza de calidad, en sus diferentes aspectos. Querer ignorar esto es falsear la realidad, ofreciendo bajo la denominación universitaria “servicios de otra naturaleza”.

La rápida creación de decenas de universidades en España, sostenidas con recursos públicos, sin un planeamiento adecuado, partiendo de la nada, ha llevado a que muchos de nuestros centros presenten serias carencias en su equipamiento, extensibles a los aspectos más elementales y variados, inherentes al modelo universitario que la realidad actual precisa. Aunque se han dedicado elevadas sumas de dinero a su creación y puesta en funcionamiento (lo que ha dinamizado tremendamente el terciario urbano, como antes señalé), es mucho más aún lo que resta por hacer. Hasta ahora siempre podrían buscarse culpables en el gobierno central. Ahora con la descentralización política y administrativa, se podrá ver mejor donde radican las deficiencias, y si los deseos de tal o cual ciudad pueden ser realizados y sostenidos; económicamente como es debido.; y si no, que queden en eso, deseos, aunque la busquen por prestigio, fama y la ayuda que ello supone cara a la competitividad interurbana. Por otro lado el mapa universitario español, ya denso, y con tal cantidad de centros casi “clónicos” sólo ofrece en la mayoría de los casos, más de lo mismo; compitiendo en idénticas parcelas y unas titulaciones que se repiten. A menudo éstas son las “más fáciles” de poner en marcha, y que exigen menos costes, con independencia de que su utilidad sea o no prioritaria. A la vez son abultadas las ausencias que ostensiblemente se registran.

Por todo ello estimo que el modelo presente de red universitaria española parece difícil pueda seguir manteniéndose, y sería aberrante se ampliase aún más **en los mismos términos**. Entre otras razones porque nuestro planeta reduce sus fronteras. La competitividad se introduce en todos los aspectos de la vida. La calidad y la excelencia se buscan cada vez más. El mundo universitario aunque, en contra de sus principios originarios, pueda ser proclive, (dentro de

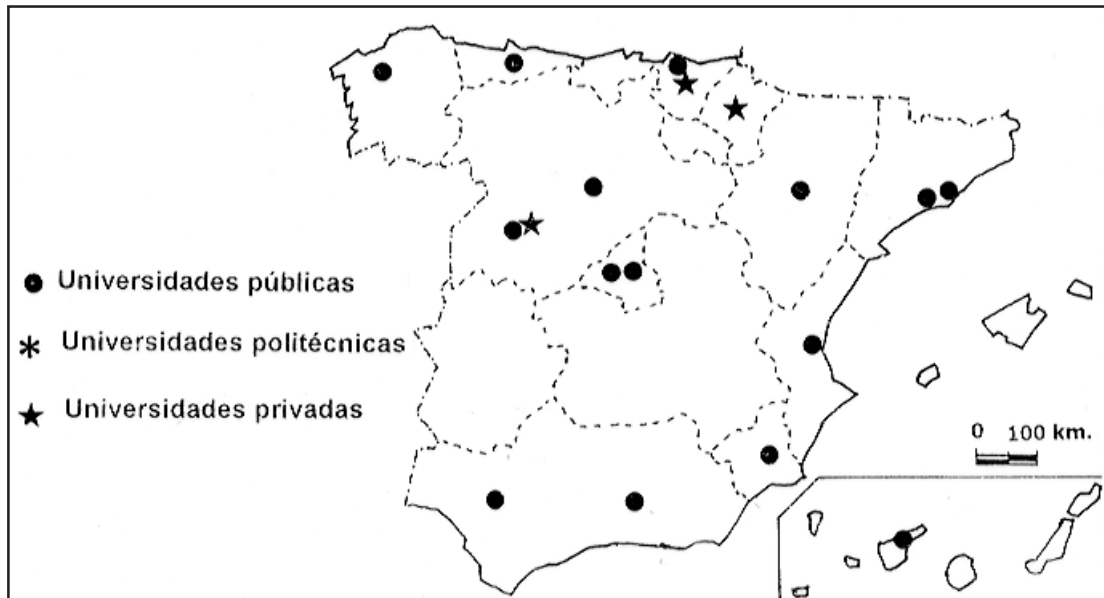
su condición global de servicios, Herce San Miguel, J.A., 1995) a encorsetarse, protegiéndose con reglamentos, permaneciendo aislado del exterior y apegado en exceso a localismos exacerbados. Mantener y favorecer eso no haría más que conducirlo a su asfixia, preludio de un empobrecimiento absoluto y su muerte cercana. Por el contrario la función universitaria debe estar en vanguardia de la apertura hacia el exterior, buscando la innovación, propiciando la creación y apoyando la inventiva. Pero la citada idea de competitividad, en lo que se refiere a este servicio público (y de forma concreta las universidades públicas), no debe confundirse con la práctica de un liberalismo a ultranza ni un neodarwinismo. Precisamente para poder seguir ofreciendo ese servicio de forma adecuada, es preciso depurarlo al máximo, buscando que sus resultados sean los mejores para la sociedad. La optimización de los escasos recursos disponibles nos interesa a todos sobremanera.

Desde una escala urbana, las diferentes universidades deberán buscar su planeamiento estratégico en función de sus potenciales propios y sus necesidades. A la larga creo que este equipamiento universitario se comportará como un elemento más en la competitividad urbana (Van den Berg, L.; Arjen Van Klink, h., 1995). En ese sentido, ya son varios los planes estratégicos universitarios en curso de realización. Deben ser el punto de partida para establecer procesos de reacomodo de todo tipo. Con ello se busca definir en cada entidad un camino de actuación que permita ampliar su campo y despejar su futuro. Creo que esa competencia pue-

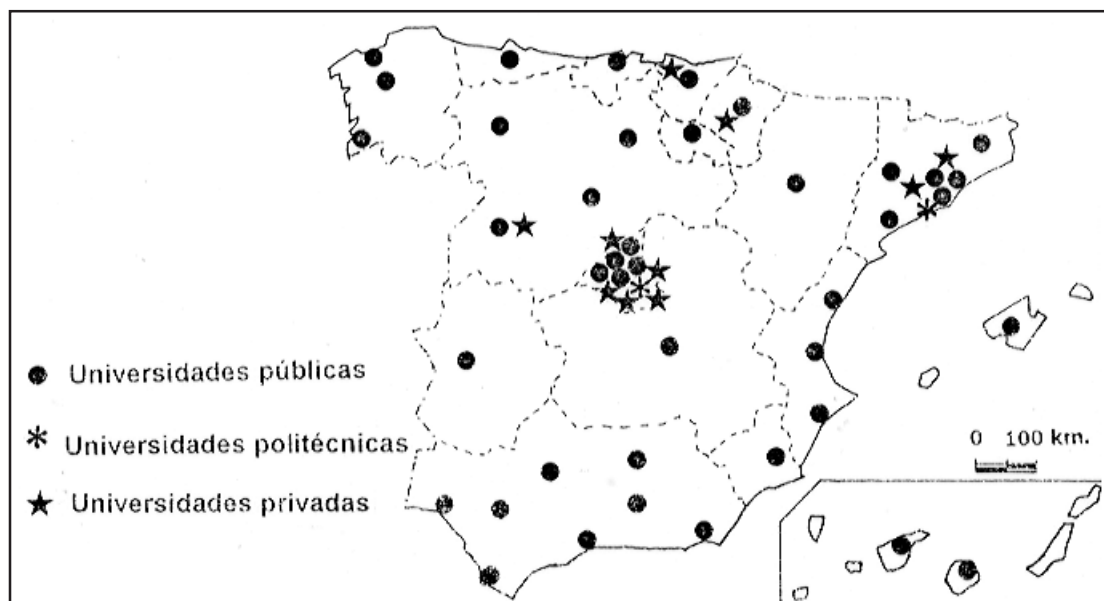
de ser buena, incluso me atrevo a decir que necesaria, para el devenir universitario. Aunque algunas unidades queden en el camino. De lo contrario se corre el riesgo de que el referido proceso de “crecimiento y generalización universitaria” termine anquilosándose, funcionariizándose en extremo y deslizándose por una vía de rutina y localismo. Antes bien, las universidades deben ser entidades abiertas, innovadoras, dinámicas y competitivas. En definitiva, universales, como corresponde al propio espíritu universitario.

Por último, dentro de una escala amplia, que abarque el conjunto de España, parece conveniente ajustar el modelo de red universitaria local y regional, a las necesidades globales españolas. Así se construirá un sistema universitario conjunto, integrado, más eficaz y, acaso menos costoso. Es imprescindible alcanzar una fácil y fluida relación, que propicie los intercambios frecuentes y normales de todos sus componentes, -por supuesto de estudiantes y profesores-, entre el conjunto de los centros universitarios españoles. Lo contrario es mantener cotos cerrados, favorecer intereses corporativos, aunque se disfracen de lenguajes populistas y de progreso, que pueden interesar a unos pocos, pero perjudican a muchos más. Acaso es hora de acabar con la contemporización excesiva. A una cierta crisis de crecimiento existente, cabe esperar que el sosiego futuro imponga una cierta razón y buen tino en el futuro. Sin olvidar que el equipamiento universitario es parte de la estrategia urbana y la competitividad de las ciudades entre sí.

EQUIPAMIENTO UNIVERSITARIO, 1971



EQUIPAMIENTO UNIVERSITARIO, 1997



BIBLIOGRAFÍA

- CUADRADO ROURA, J.R. (1988): "El sector servicios: evolución, características y perspectivas de futuro". En *España, Economía*, Espasa Calpe, dir. J.L.García Delgado, Madrid, pp. 231-70.
- CUADRADO ROURA, J.R.; GONZÁLEZ MORENO, M., (1988): "Incidencia de las nuevas tecnologías en la organización y localización de los servicios a las empresas". *Estudios Regionales*, nº 22, pp. 29-67.
- DEL RÍO GÓMEZ, C. (1988,a): "Dinámica y distribución espacial de los servicios en España entre 1960 y 1985". *Papeles de Economía Española*, nº 34, pp. 454-77.
- DEL RÍO GÓMEZ, C. (1988,b): "¿Por qué crece el sector servicios?". *Papeles de Economía Española*, nº 34, pp. 478-81.
- DE PUELLES BENITEZ, M. (1986): *Educación e ideología en la España Contemporánea*. Barcelona, Ed. Labor, 2ª ed. 523 pp.
- ECALLE, F. (1986): *La révolution tertiaire aux Etats-Unis*. La Documentation Française. Notes et Etudes Documentaires, Paris, 114 pp.
- GONZÁLEZ MORENO, M.; DEL RÍO GÓMEZ, c. (1996): "Los servicios y el desarrollo económico: Nuevos retos y oportunidades para las regiones". *Ponencias. XXII. Reunión de Estudios Regionales*. Pamplona, pp. 113-31.
- HERCE SAN MIGUEL, J.A. (1995): "Los servicios en la economía española". *Papeles de Economía Española*, n. 62, pp. 213-26.
- JIMÉNEZ, A. (1971): *Historia de la Universidad Española*. Madrid, Alianza Editorial, 520 pp.
- LINZ, J.J. (1984): "La sociedad española: presente, pasado y futuro". *España: un presente para el futuro*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos, pp. 57-95.
- MERLIN, p. (1995): *l'Urbanisme universitaire à l'étranger et en France*. Presses de l'Ecole Nationale des Ponts et Chaussées. Paris, 415 pp.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1930): *Misión de la Universidad*. Madrid, Revista de Occidente, 6ª ed. 1975, Col. El Arquero, 179 pp.
- PRADERIE, M. (1970): *Los terciarios*. Barcelona, A. Redondo Editor, 157 pp.
- VAN DEN BERG, L.; ARJEN, V. KLINK, H. (1995): "Planificación estratégica y marketing urbano". *Situación*, Banco Bilbao-Vizcaya, nº 3, pp. 39-53.